

importancia espiritual quedó siempre para él más ó menos oculta, si lo consideramos en conjunto.

Parece que todo se puso de acuerdo para probar, por una historia de más de 1.000 años, que el gran pensamiento, según el cual estaba destinado en el plan de Dios á realizar su destino sobrenatural de la redención, le fué completamente incomprendible, y no pudo ser ciertamente inventado por él.

De aquí el hecho triste, es verdad, pero muy importante para nosotros, de que no quisieron reconocer al Salvador cuando salió de entre ellos para presentarse al mundo, que se avergonzaron de él, que constituía todo su honor, que rechazaron como á un leproso al que les llevara la salvación y debía comunicarla por ellos á todos los pueblos. Se lo habían representado completamente distinto de como lo pintaban las promesas, cuyos depositarios y mensajeros eran, y así, esperaban un rico príncipe del mundo, á pesar de que sus profecías les indicaban un príncipe de paz y de equidad, un príncipe poseedor de un reino espiritual. ⁽¹⁾ Deseaban un guerrero poderoso que aplastase á sus enemigos y que diese á su pueblo la soberanía universal, en tanto que las promesas se referían á un Salvador que superaría á todo lo que hasta entonces se había visto en materia de humildad y rebajamiento, que borraría el pecado con sus sufrimientos, y que haría de sus enemigos y de ellos los hijos de Dios. ⁽²⁾

Si estas falsas esperanzas sobre el Mesías hablan elocuentemente contra el carácter judío, no hacen, por otra parte, más que probar de un modo más claro la autenticidad de las profecías mesiánicas. Es completamente evidente que este pueblo, que había sido escogido como guardián y heraldo de ellas, no las había hecho por sí mismo, sino que las había recibido de lo alto, y no las había difundido á lo lejos más que contra su voluntad y

(1) Is., IX, 6; XI, 4; XLII, 1 y sig. Zachar., IX, 9. Psalm., XLIV, 3 y sig. LXXI, 2 y sig.

(2) Is., LIII, 1 y sig. Psalm., XXI, 68 Zachar., XII, 10; XIII, 6.

con el celo fanático de un interés egoísta mal entendido.

Tal es la historia de este curioso pueblo, que parece ser la prueba viviente de que no ha buscado por sí mismo su destino, sino que lo había recibido de un poder superior, al cual tampoco podía sustraerse con más facilidad que Jonás, esta expresión perfectísima del carácter judío.

Constantemente ha desconocido lo que constituía su verdadera gloria. Constantemente ha manifestado que daba mayor importancia al mundo, precisamente en lo que, según toda apreciación moral, fué su más profunda vergüenza y su más penoso castigo. Constantemente ha realizado, á pesar suyo, la misión que le había sido impuesta por el poder y la sabiduría de Dios.

Si esto se aplica ya á los primeros tiempos de su historia, es sobre todo verdadero con relación al último período que comenzó en la disolución de su gobierno y que desgraciadamente continúa aún. En todos los puntos en que se encuentran—y no hay ciertamente un rincón de la tierra en que sean desconocidos—predican la grandeza de la intervención de Dios en el mundo, intervención que dirige, aun á todo lo que le resiste, á fines determinados de mucho tiempo atrás, que castiga toda rebelión contra él, según el rigor de su justicia, y que eleva hasta él, con la dulzura de su gracia, á los que acaban de conocerlo. ⁽¹⁾ Son para nosotros la garantía de la verdad y autenticidad de la Sagrada Escritura, de la cual sacamos los testimonios de nuestra fe. Por la ciega terquedad con que esperan todavía al Redentor, de que hace siglos renegaron, nos muestran hasta qué punto está arraigado, aun en los corazones más empedernidos, el deseo del único consuelo de la humanidad, el deseo de ser rescatados de la esclavitud del pecado. Al realizar cada día con su conducta y sufrimientos lo que el Antiguo y el Nuevo Testamento habían predicho de su pecado y su castigo, son testimonio viviente de que la verdad infalible de Dios, sobre la cual edificamos nuestra fe, es una base segura y eternamente inmutable.

(1) Rom., XI, 22.

Aun en su más profunda decadencia, no han cesado de ser instrumento de las miras y de las gracias particulares de Dios. En medio de su endurecimiento, continúan todavía llenando su misión, según los designios de Dios, como testigos vivientes de sus promesas y predicadores de sus planes llenos de justicia y de misericordia. ⁽¹⁾ Por su terquedad y su incredulidad, se han hecho indignos de la salvación de que eran mensajeros. Pero Dios ha convertido su ceguera en ventaja nuestra. Si se han separado del árbol de la vida, la misericordia divina ha plantado ramas, hasta entonces salvajes, en lugar de las que han sido arrancadas.

De este modo llegó la salvación á los paganos. Éstos se han aprovechado de lo que había sido preparado á los judíos antes que á ellos y de lo que debía únicamente ser su herencia después de ellos. Pero un día—por lo menos esta es la opinión general de los cristianos—caerá también el velo que cubre sus ojos, y la gracia ablandará su corazón; ⁽²⁾ y entonces los tiempos alcanzarán rápidamente su fin, porque los designios de la misericordia de Dios habrán vencido los últimos y mayores obstáculos. Pero hasta que llegue este momento, los mismos cristianos tienen que cumplir un deber muy grande y serio. No olvidemos que debemos á ellos cuanto tenemos y somos. Por ellos hemos llegado á la luz. Por nosotros deben ellos ser iluminados, á fin de que todos juntos marchemos muy pronto por la misma vía.

(1) Rom., XI, 12, 15 y sig.

(2) Rom., XI, 12, 23. Os., III, 4. Jerem., XXX, 9. Ezech., XXXIV, 23. Mal., IV, 6. Marc., IX, 11. Hieronym., *In Mal.*, IV, 6. Agustín., *Civ. Dei*, XVIII, 28; XX, 29. Gregor. Magn., *Moral.*, XI, 24. *In Ezech. hom.*, 1, 12, 6. Malvenda, *De Antichristo*, 1, 11, c. 13-17. Cornel. a Lap., *In Rom.*, XI, 24. Mal., IV, 6. Apoc., VII, 1. Estius, *In Rom.*, XI, 26. Agelius, *In Ps. LXXXIV*, 1. Sylvius *Supplem.*, q. 73, a. 1, q. 4. Bergier, *Dict. d. Théolog.*, 1844, II, 464 y sig. Justinian., *In Rom.*, XI, 24, 2.

SEGUNDA PARTE

EL CRISTIANISMO BASE DE LA VIDA REAL

CONFERENCIA III

NUESTRO DIOS

1. **Influencia de la idea de Dios en la civilización de la humanidad.**—«Sólo Dios basta»,—dice uno de nuestros ingeniosos proverbios antiguos.—Cuando conozco las relaciones de alguno con Dios, lo conozco por completo; sé lo que piensa, lo que quiere y cuál es su valor—y esto basta.—Mil cerrojos no ponen en seguridad la mansión en que Dios no habita. Cuando Dios está en el buque, las mismas tempestades lo conducen á puerto. Lo que empieza en nombre de Dios, en nombre de Dios acaba.

Jamás una época quebrantará estos principios eternos, resultado de la experiencia de los siglos. Todos los esfuerzos serios que sirven á un fin duradero, deben partir de Dios y terminar en Dios. Los que siguen otra vía, están perdidos. Todo lo que el hombre adquiere y edifica, se convierte, como el humo, en juguete del viento, si no ha tomado á Dios por base. La fe y la vida, el pensamiento y la oración, las investigaciones y los sacrificios, sólo tienen importancia, si en ellos se contiene á Dios. El trabajo, las adquisiciones, la familia, el Estado, la sociedad, el arte, la ciencia, sólo tienen una sola escala común, una sola ley común, una sola protección común: Dios.

Para juzgar el grado de civilización de un hombre, de una sociedad, de una época, basta saber cuáles son sus ideas sobre Dios y sus relaciones con él. Ciertamente, los his-